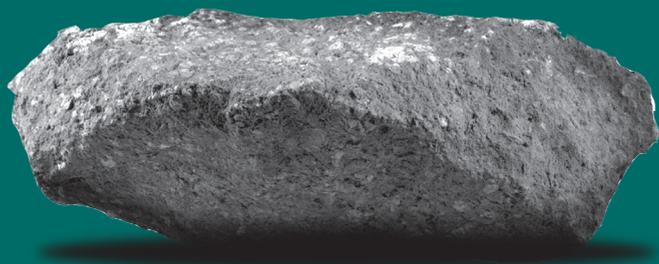


Presentación



Si los conflictos conforman el entramado del mundo, tal como sugeríamos en el número inaugural de la nueva serie de *Puente@Europa*, de enero de 2005, no hay espacio donde esto salga a la luz con mayor fuerza que en el ámbito de la producción. Se enfrentan allí capital y trabajo, hombres y máquinas, productores y usuarios, inversión y consumo, intereses públicos e intereses privados, quienes mandan y quienes obedecen.

Con el desarrollo histórico que supuso la transformación de los sistemas de autoabastecimiento en complejos mecanismos de acumulación interna e intercambio internacional, los procesos productivos fueron aumentando en envergadura y volviéndose cada vez más complejos, como también ocurrió con el cálculo de la rentabilidad del comercio.

Desde las reflexiones de Adam Smith sobre la oportunidad para Inglaterra de importar granos a la discusión de David Ricardo sobre el intercambio entre aquel país y Portugal, nunca se detuvieron los esfuerzos tendientes a elaborar una visión de conjunto que pudiera conectar en un mismo análisis elementos procedentes de cuatro esferas diferentes: 1. el comercio (tipologías de liberalización); 2. el trabajo y las condiciones de producción (salarios, innovación, desarrollo territorial etc.); 3. los productos (primarios o manufacturas); 4. las condiciones monetarias (crédito, tipos de cambio, etc.).

La idea era, y es aun hoy, que la evaluación de las conexiones entre estos conjuntos es imprescindible a la hora de decidir el rumbo del desarrollo económico de un país.

Éste fue el entramado de problemas que enfrentaron Alemania, Francia, Italia y los países del Benelux al crear la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) en los años '50, comunidad a la que este número de *Puente@Europa* pretende rendir homenaje al cumplirse el 60º aniversario del Plan Schuman.

La CECA nació en un período crucial e irrepetible de la historia de Europa. Como lo había muy correctamente expresado William Beveridge: "Now that the war is abolishing landmarks of every kind, it is the opportunity for using experience in a clear field. A revolutionary moment in the world's history is a time for revolutions, not for patching"¹.

La guerra, hay que recordarlo, fue precedida por otro gran evento "ecualizador", la crisis económica y financiera mundial de los años '30. Como consecuencia de ella, además, el capitalismo liberal ganó muy mala prensa². No hay que maravillarse entonces de que las extendidas nacionalizaciones francesas de la segunda mitad del los años '40 fueran apoyadas por un grupo como el *Mouvement républicain populaire* (MRP), partido de centro del que formaba parte Robert Schuman. El MRP, al dar su aprobación, solo pidió que se pagaran compensaciones, a menos que los patrones hubieran sido colaboracionistas.

Al mismo tiempo, si las insurrecciones obreras habían sido, después de la primera guerra mundial, una reacción violenta frente a la disciplina taylorista, después de la segunda, la mayoría de los líderes sindicales de izquierda parecían haber aceptado como algo inevitable los métodos "científicos" de organización industrial. El objetivo de la mayoría de ellos no era la oposición frontal al capitalismo sino participar activamente en su gestión. De aquí la insistencia, de la que nos habla Hitoshi Suzuki en su artículo, sobre la idea de la co-determinación, particularmente marcada en los sindicatos alemanes.

Por todo esto, las primeras instancias integrativas no solo apuntaron, como lo recuerda Robert Boyer, a una recomposición financiero-comercial (a través de la Unión Europea de Pagos) y productiva (a través de la CECA). La integración radicó también en la voluntad de no ceder ante todas las exigencias de los productores y, por el contrario, de mediar entre las necesidades del trabajo (altos salarios), del capital (ganancias suficientes para seguir invirtiendo) y de los consumidores (precios bajos) en un ejercicio continuo de negociación.

A partir de la CECA, como nos sigue contando Suzuki, gobiernos, industriales y sindicatos se beneficiaron de la participación en dos arenas distintas para alcanzar este equilibrio. Por un lado, la europea, donde, a costo de arrinconar a los sindicatos comunistas y apoyar la causa del aumento de la productividad del trabajo, los sindicatos obtuvieron un rol sustancial en el proceso de toma de decisiones de la CECA -una co-determinación a nivel europeo.

Al mismo tiempo, las hipótesis de co-determinación a nivel interno se fueron diluyendo y disminuyó su impacto sobre las relaciones de poder dentro de las fábricas. Paralelamente, los gobiernos respaldaron a los industriales brindando a los asalariados programas de *welfare* que tenían el doble efecto de aumentar su nivel de vida real y de poner nuevamente en marcha la economía. La esperanza de participar en la gestión de la producción fue, poco a poco, sustituida por la posibilidad de compartir el festín consumista de los años '60, uno de los grandes pilares de la frágil paz social de aquellos tiempos.

El auge europeo se verificó, entonces, con un telón de fondo compuesto por un entramado de tres factores: un aumento generalizado de los salarios (aunque su tasa de crecimiento fuese más baja que la tasa de crecimiento del ingreso nacional), una expansión importante del comercio intra-europeo y la estabilidad monetaria.

Si bien es cierto que ya habían existido formas de integración productiva en el período de entreguerras en las áreas de la minería y del acero, el Plan Schuman, por ser parte de este complejo acuerdo posbélico (*post-war settlement*)³ marcó un verdadero cambio.

El artículo de Ruggero Ranieri nos permite medir su amplitud, a través de un recorrido por sus orígenes, reglas de funcionamiento e instituciones, terminando con una síntesis de las cambiantes condiciones externas que acompañaron -e influyeron fuertemente en- el desarrollo de las actividades de la CECA. No hay que olvidar que, en lugar de gestionar el crecimiento de un sector, lo que hizo sustancialmente la Alta Autoridad y, después del Tratado de Fusión, la Comisión Europea, fue administrar su caída, como resulta evidente no solo del artículo de Ranieri, sino del epílogo del recorrido histórico incluido en la sección "Archivos".

La centralidad de la negociación continua entre gobiernos, trabajadores y productores sustenta también la visión del actual presidente del Parlamento Europeo, Jerzy Buzek. Buzek habla con un conocimiento de los hechos que deriva de su historia personal, por ser oriundo de Silesia, una de las grandes zonas mineras de Europa, y, más aun, por haber sido el presidente del primer Congreso Nacional de los delegados de Solidarność y primer ministro de Polonia entre 1997 y 2001.

Es interesante notar la convergencia entre Buzek y Ariela Ruiz Caro, al poner ambos la energía en el centro de sus reflexiones sobre el rumbo de la integración -de Europa, en el caso de Buzek, y de América Latina, en el de Ruiz Caro. Como nos recuerda el presidente del Parlamento Europeo, el fundamento de dicha política no tiene que ser un pacto entre países, sino entre productores, compradores y consumidores. Es decir, se tendría que dejar de lado la vieja geopolítica a la hora de negociar los contenidos de los acuerdos que regulan la integración, lo que parece no haber ocurrido siempre en el caso de América Latina. Esta es la primera consideración que viene a la mente leyendo la descripción que hace Ruiz Caro de las reglas de funcionamiento de la central hidroeléctrica binacional de Itaipú (Brasil y Paraguay).

Sin embargo, claro está, nunca debemos dejar de preguntarnos: integración productiva ¿por qué y para quiénes?

Esta es la pregunta que parece animar, *mutatis mutandis*, a Roberto Lavagna, al reflexionar sobre el afán hacia la integración de Argentina y Brasil durante la segunda mitad de los años '80, cuando el aumento de la productividad total que podía garantizarse dentro de un régimen de economía cerrada ya no alcanzaba (y esto ya es cierto desde los años '70) “para sustentar simultáneamente el proceso de acumulación de capital y una distribución del ingreso progresista que era la base de una fuerte clase media y de la movilidad argentina”.

La otra opción, como sigue pensando en voz alta Lavagna, habría sido “la apertura unilateral de la Argentina agro-exportadora, bajo su nueva forma agro-energo-exportadora”. Este esquema, sin embargo, impuesto en el pasado “por sectores no demasiado proclives a analizar al deterioro social que de ello podía resultar y sostenido por la fuerza de las armas” solo podía estar vigente “en una situación de alta liquidez internacional que financiaba los déficits externos privados y públicos que esta política generaba”.

Bajo las nuevas concepciones de política económica en boga en los años '90, la CEPAL intentó mediar entre las dos visiones descritas por Lavagna. Gert Rosenthal Königsberger nos cuenta cómo, dentro de la visión cepalina del “regionalismo abierto”, se pretendía “demostrar que la integración podía ser funcional a mejorar la inserción de los países en la economía internacional”. No fue así. El renovado interés que describe Rosenthal Königsberger en los esquemas de comercio administrado, como por ejemplo el que propone la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), son quizás ideológicamente contestatarios respecto “al paradigma de la globalización”, pero están ligados también con los análisis de aquel fracaso.

Frente a estas posturas extremas, el Mercosur parece tomar hoy, bajo el liderazgo de Argentina y Brasil, la senda de un prudente pragmatismo, es decir, de la integración productiva intra-industrial, ya que ninguno de los países quiere resignar el desarrollo de actividades productivas que favorezcan un crecimiento con mayor aporte de valor agregado.

Se trata de una integración con reglas e institucionalidad, de la que nos hablan Eduardo Bianchi y Bernardo Kosacoff. Este último, además, destaca las posibilidades que abre para la profundización de la integración productiva en la región el surgimiento de actores de novedosa naturaleza, como es el caso de las así llamadas multilatinas, con fuerte presencia en las cadenas agroalimentarias, en los sectores de petróleo y el gas, turismo y otros servicios como el *software* y la medicina.

Los dos acuerdan, sin embargo, que un mercado ampliado solo tiene sentido si puede beneficiar “la calidad de los procesos productivos”.

No podemos aquí dejar de señalar la sintonía con Patrizio Bianchi, que nos recuerda cómo la apertura regulada del mercado fue, para Europa, “la primera acción de política industrial”, al inducir a “las empresas a reorganizarse frente al nuevo mercado y a los nuevos compradores”.

Europa, por supuesto fue -y es en la actualidad- esencial para darle espesor a esta política industrial que incluye tres pilares: 1. extensión del mercado; 2. su tutela y garantía con políticas macroeconómicas coherentes y un cuadro de reglas claras para el mercado de capitales; 3. desarrollo territorial y políticas de innovación.

De no proceder juntos los tres pilares, se corre el riesgo de asistir a una fragmentación del desarrollo económico, político y social de Europa. Esto, por ejemplo, es lo que pareció suceder con la última ampliación, cuando la integración se produjo con el traslado de las actividades manufactureras de menor valor agregado hacia los países del este y un aumento de las inversiones en los sectores inmobiliario y financiero. No solo el auge de la riqueza que esta integración produjo fue efímero en la mayor parte de los casos, sino que generó también una mayor desigualdad social. Tampoco los industriales y financistas que aprovecharon el breve período de auge de estas actividades pudieron resistir la crisis general que se inició en 2008.

Aunque parten de posiciones distintas, no hay muchas diferencias entre las conclusiones de Patrizio Bianchi y Robert Boyer quien, en su largo recorrido a través de las distintas etapas de la integración europea, destaca cómo no hubo una, sino muchas modalidades de integración a lo largo de la historia de la Unión. Al ingresar en la fase en que nos encontramos en la actualidad, la puesta en marcha de una política monetaria común les ha quitado libertad de maniobra a los gobiernos en los planos financiero y monetario. En un contexto marcado por la crisis internacional, esto ha significado que el empleo y las condiciones de trabajo se presentaran como la única variable de ajuste posible. El peligro es que, en un contexto de modelos de crecimiento muy heterogéneos, las diferencias entre los países se agranden en lugar de achicarse y se amplíen las diferencias entre las respectivas capacidades productivas, tasas de crecimiento y de empleo.

Para Boyer no se pueden entonces separar la arena productiva y la financiera ya que ambas están fatalmente entremezcladas, al tener sus dinámicas poderosas repercusiones sobre las condiciones de vida de todos los ciudadanos.

Tampoco es posible observar las estructuras productivas de cualquier área regional sin notar cómo el nivel interno y el externo se entremezclan. Mientras que Eduardo Bianchi propone fortalecer las “condiciones de inserción en la economía mundial” del Mercosur, Robert Boyer y Patrizio Bianchi parecen plantearse el problema de la esencia misma de esta economía mundial y del papel de Europa en su posible cambio. Llevar adelante los pasos necesarios para un nuevo Bretton Woods que cambie las reglas del orden mundial no es una utopía, sino una necesidad. Como nos recuerda Boyer:

La lección es simple pero dolorosa para los promotores de Europa: al remplazar el crédito controlado por el poder público con las finanzas privadas, la integración financiera mundial ha impuesto su lógica y su cortoplacismo, comprometiendo el lento proceso de integración productiva y de innovación institucional en materia de puesta en común de elementos de la soberanía, en particular monetaria, que había prevalecido en la UE.

Quizás Europa y América Latina puedan contribuir conjuntamente a que no se pierda la ocasión equalizadora que presenta la crisis mundial, proponiendo la modificación de las reglas que gobiernan la economía global, a partir de sus dinámicas financieras. En lugar de buscar una mejor inserción en la economía global se trataría, entonces, de trabajar juntos para cambiar su rumbo.

¿Será demasiado? Al nacer la CECA la mayoría de las personas prejuiciosas no habrían apostado ni un centavo a su existencia futura. Y así fue para todos los progresos que tuvieron que imponer cambios en el sentido común antes que en los hechos.

Comité Editorial *Puente@Europa*

Notas

¹ Social Insurance and Allied Services, Informe de William Beveridge, presentado al Parlamento [británico] en noviembre de 1943 - http://news.bbc.co.uk/2/shared/bsp/hi/pdfs/19_07_05_beveridge.pdf.

² Geoffrey Barraclough, “The ideological challenge. The impact of communist theory and Soviet example”, en *Id.*, *An introduction to contemporary history*, Harmondsworth, Penguin Books, 1967.

³ Charles Maier, “The politics of productivity: foundations of American international economic policy after World War II”, en *International Organization*, Vol.31, n. 4, otoño de 1977, pp. 607-633; ver también la compilación de éste y otros sugerentes ensayos en *Id.*, *In search of stability. Explorations in historical political economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.